

Algunos momentos importantes en la historia del ministerio del catequista

José María Pérez Navarro¹

Resumen

En los cuatro primeros puntos del documento del papa Francisco *Antiquum ministerium* se hace una referencia a la historia del ministerio del catequista en la Iglesia. El autor selecciona diez momentos claves de esa historia que a su entender son significativos y que no han sido mencionados en el documento papal: el ministerio de los catequistas en la primera comunidad cristiana con la preparación de los catecúmenos; la ausencia de catequistas en la Edad Media; la predicación de los órdenes mendicantes; los catequistas laicos encargados de transmitir el catecismo; las ideas pioneras de San Juan Bautista de la Salle sobre el ministerio laical del catequista; los movimientos de renovación de la catequesis y los catequistas en los años 60 del pasado siglo; los intentos postconciliares para revitalizar los ministerios laicales y lo que dice el nuevo Directorio sobre los catequistas.

Palabras clave

Historia, catequesis, catequistas, ministerio, laicado, movimientos catequéticos, carismas, Iglesia

1 Hermano de La Salle. Director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas “San Pío X”. Director de la revista “Sinite”.

En los primeros números de la Carta Apostólica de 10 de mayo de 2021 *Antiquum ministerium*² en forma *Motu Proprio* del papa Francisco en la que se instituye el ministerio del catequista, se habla de historia (AM 1-4).

En un primer punto, indica que los *didáskalos*, traducido del griego en el Nuevo Testamento por maestro o doctor, es ejemplo de catequista reconocido por el consenso de los teólogos (AM 1).

En el mismo punto se habla de la importancia que da a los *didáskalos* en su primera carta a los Corintios al decir, que están en tercer lugar, luego de los apóstoles y profetas (Cf. 1 Cor 12, 28a). También alude al evangelista Lucas cuando en el comienzo de su Evangelio dice: “Para que conozcas la solidez de las enseñanzas en que fuiste instruido” (Lc 1,34). Francisco añade que el evangelista parece muy consciente de proporcionar con sus escritos una forma de enseñanza que permite dar solidez y fuerza a cuantos ya han recibido el Bautismo (AM 1).

Después de reconocer en AM 2 la importancia de los carismas dentro de la Iglesia se adentra en el punto 3 donde Francisco con sus palabras dice:

“dentro de la gran tradición carismática del Nuevo Testamento es posible reconocer la presencia activa de bautizados que ejercieron el ministerio de transmitir de forma más orgánica, permanente y vinculada a las diferentes circunstancias de la vida la enseñanza de apóstoles y evangelistas”.

El punto 4, por último, nos sitúa a la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II donde es más fuerte la conciencia de la renovada importancia del compromiso del laicado en la obra de evangelización. Muchos catequistas, llenos de espíritu apostólico, prestan con grandes sacrificios una ayuda singular y enteramente necesaria para la propagación de la fe y estas personas son esenciales para la Iglesia. Esta idea se ha repetido constantemente tanto en todos los encuentros

2 Francisco, *Carta apostólica en forma de Motu proprio Antiquum Ministerium con el que se instituye el ministerio del catequista*, Roma 10 de mayo de 2021. A partir de ahora AM.

eclesiales de los últimos años (conferencias episcopales, sínodos...) como los textos (discursos de los papas y los obispos, Catecismo de la Iglesia católica, directorios de catequesis...).

No es cuestión en este artículo de realizar una amplia historia del ministerio del catequista laico en la Iglesia, sino que nuestro objetivo es completar lo que nos dice este documento papal recordando algunos momentos significativos de esa historia tan interesante y sintética que nos presenta el *Motu Proprio*.

1. Los catequistas en la época postapostólica

En las cartas de Pablo se hacen referencia a los carismas y también se habla de ciertas funciones específicas como apóstoles, profetas, maestros, evangelistas y pastores. Así dice la primera carta a los Corintios: “Pues en la Iglesia Dios puso en primer lugar a los apóstoles; en segundo lugar, a los profetas; en el tercero, a los maestros” (1 Cor 12,28) o bien Efesios cuando dice: “Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelistas, a otros, pastores y doctores” (Ef 4,11).

Los tres primeros grupos forman la llamada tríada: apóstoles, profetas y maestros que ejercían funciones muy importantes en la comunidad. Parece ser que el ministerio más cercano a nuestro actual catequista se refiere al de maestro, aunque en muchas ocasiones no es sencillo distinguir entre el carisma de profeta y maestro. Parece ser que para algunos autores los maestros se dedicaban al ministerio de la enseñanza, y los profetas lo que buscaban era animar, consolar y reforzar a los hermanos en la fe.

¿Se tenía en la primera comunidad el oficio de catequista? Tenemos que referirnos al famoso texto de Gálatas: “Que el catecúmeno comparta sus bienes con quien lo instruye en la palabra” (Gal 6,6). Podemos decir que en las primeras comunidades cristianas hay catequistas que se dedican a la instrucción y que tienen el derecho de ser pagados por la comunidad. Parece ser que los catecúmenos tenían la obligación de mantener a los que se dedicaban a ese ministerio compartiendo sus bienes con el instructor.

2. Importancia de los catequistas en los procesos catecumenales de los primeros siglos del cristianismo

En la iniciación cristiana de los primeros cristianos ocupa un puesto fundamental el llamado catecumenado que podíamos definirlo como una institución creada en el seno de la comunidad cristiana y que abarcaba un período adecuado de preparación al bautismo. Se hallaba ya plenamente desarrollada hacia fines del siglo II. Se trataba de una catequesis prebautismal bien articulada que formaba a quienes aspiraban a hacerse cristianos y que en este tiempo de preparación eran llamados catecúmenos (los que son instruidos)³.

¿Qué labor e importancia tenían los catequistas en este proceso de catecumenado? El primer momento que tenían los candidatos para acceder al catecumenado, después de haber escuchado la predicación del Evangelio, es la presentación en la comunidad. Son conducidos a los catequistas que les interrogan acerca de los motivos de la conversión y se les hace el escrutinio consistente en tres tipos de preguntas: en las primeras, se les cuestionaba sobre los motivos de su conversión, ya que no se puede excluir que alguno entrase en contacto con el cristianismo por curiosidad o por la fascinación que provocaba la nueva religión o por motivaciones sociológicas; después vendrían las preguntas sobre las condiciones de vida y sobre el trabajo desarrollado.

A continuación, venía la catequesis que era el elemento más importante del catecumenado. De los autores del primitivo cristianismo no podemos tener muchas informaciones, ya que se daba más importancia a la información específica del bautismo y menos a la enseñanza. Según algunos autores la enseñanza a los catecúmenos se celebraba durante la liturgia de la Palabra, aunque hay otras teorías. Lo que nos interesa saber para nuestro artículo sería cómo eran los responsables de la enseñanza, que hoy llamaríamos catequistas. A estos catequistas se les llamaba “doctores” y eran enseñantes-catequistas como Justino en Roma, Clemente en Alejandría u Oríge-

3 Para todo este punto, además de la información que aparecen en las tradicionales historias de la catequesis, es necesario hacer mención del recién publicado estudio de R. Murawski, *Storia della catechesi. I. Età antica*, LAS, Roma 2021.

nes en Antioquía pertenecientes a escuelas teológicas privadas, que aseguraban la preparación de los candidatos al bautismo.

Tomamos la *Traditio*, documento de los primeros siglos del cristianismo, donde nos muestra el desarrollo que ha tenido el catecumenado y también incluye a los catequistas. Anteriormente, la preparación de los catecúmenos tenía lugar dentro de la asamblea litúrgica de la comunidad, con la diferencia de que era el maestro (el doctor-catequista), incluso un laico, quien presidía esta preparación.

En su tratado *De baptismo*, Tertuliano no habla directamente de los maestros, sino principalmente de los ministros del bautismo, pero se puede deducir de sus discursos que quienes tenían derecho a bautizar también tenían derecho a enseñar; los que bautizaban, enseñaban.

Cipriano, obispo de Cartago, confirma que ya a mediados del siglo III existían miembros del clero, especialmente formados para enseñar a los catecúmenos. En su Carta 29, menciona que había ordenado al confesor Optato, un subdiácono elegido “entre los lectores para que enseñen a los catecúmenos, después de evaluar si tenía todas las cualidades que deben estar presentes en quienes se preparan para ingresar en el clero”. No se sabe con certeza si la tarea de catequizar era sólo suya o si apoyaban a los maestros laicos en esta labor. A partir de los testimonios relatados se perfila una tendencia que consiste en que la responsabilidad de la preparación para el bautismo y la enseñanza de los catecúmenos pasó gradualmente a manos de quienes tenían un cargo en la comunidad cristiana, es decir, los obispos y los que actúan bajo su mandato, los sacerdotes y los diáconos.

Después de tres años de preparación guiada por el catequista llegaba la preparación próxima y a partir de este período, los catequistas pierden importancia y toda la formación recae en el clero.

3. El catequista durante la Edad Media

Durante la Edad Media los catequistas, tal como los entendemos hoy, están prácticamente desaparecidos en la pastoral eclesial. En una sociedad de cristiandad, los medios más habituales, para la for-

mación cristiana para unos destinatarios, que en su mayoría eran analfabetos, eran los siguientes: el primero de ellos la impregnación ambiental como bien confirma el catequeta Jungmann:

“Un factor, en verdad decisivo, de la formación religiosa del pueblo, particularmente en la Edad Media, es que la vida de la comunidad está completamente impregnada de sentido religioso. Se aprendía la fe cristiana, como se aprende la lengua materna, sin arreglo a un plan. El pensamiento religioso se nutría no tanto de fórmulas conceptuales cuanto de instituciones sólidas”⁴.

Después del ambiente, está la catequesis que se daba en la familia: los padres escuchaban las predicaciones en la Iglesia y luego todo lo escuchado se lo transmitían a sus hijos, ayudados por los padrinos; la celebración de los sacramentos también era un buen lugar de catequesis; las escuelas monacales donde acudían los aspirantes a sacerdotes y monjes; los cantos, las reliquias de los santos, los diferentes objetos “cuasi mágicos” de la religiosidad popular; las escenificaciones realizadas en la calle de textos bíblicos y religiosos; y como no, la evangelización “con los ojos” a través de las pinturas, esculturas y templos del arte medieval. Por lo tanto, en esta era tan amplia de la historia en siglos, no son necesarios los catequistas laicos dedicados a la formación de los niños⁵.

4. Las órdenes mendicantes. Predicación laical

En la sociedad medieval del siglo XIII, nacen las llamadas órdenes mendicantes para dar respuesta a las necesidades espirituales de los hombres y mujeres que anhelan una vida cristiana auténtica y profunda.

4 J.A. Jungmann, *Catequética*, Herder, Barcelona 1966, 4 ed., 28.

5 Para una mayor información sobre la catequesis en la Edad Media se encuentran, entre otras: L. Resines, *La catequesis en España. Historia y textos*, BAC, Madrid 1997, 3-44; A. Läpple, *Breve historia de la catequesis*, CCS, Madrid 1988, 54-71; J.A. Jungmann, *Catequética*, 22-30. L.Csonka, *Historia de la catequesis*, en G.Dho-L. Csonka, G.C. Negri, *Educar (v.3), Metodología de la catequesis*, Sígueme, Salamanca 1966. En este último año, como continuación de la historia de la catequesis promovida por la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, contamos con: L. La Rosa, *Storia della catechesi. 2. Dire Dio nel Medioevo*, LAS, Roma 2022.

Las nuevas órdenes religiosas, con Domingo de Guzmán (1170-1221), fundador de los Frailes Predicadores, y con Francisco de Asís (1182-1226), fundador de los Frailes Menores, se hicieron mendicantes. Pronto los dominicos y los franciscanos fueron escogidos por los obispos como “asistentes y cooperadores” para instruir y educar a los fieles en la vida cristiana y llevar a cabo todo lo que es necesario para la salvación de las almas.

Las dos órdenes se arraigaron en las ciudades como lugares esenciales de su predicación y actividad y, mediante el uso de la palabra que llegaron a gran perfección técnica, educan a los laicos para que pongan a Cristo y al Evangelio en el centro de sus vidas. G. Duby afirma:

“Los dominicos y los franciscanos, frailes mendicantes que no querían poseer nada, juntos, en el transcurso del siglo XIII, transformaron el cristianismo en lo que nunca había sido: una religión popular. No dudo en afirmar que lo que queda del cristianismo entre nosotros hoy en día proviene de esta sustitución, realizada en el momento decisivo”⁶.

De hecho, durante siglos, numerosos y fervientes misioneros y pastores llegaron a la Iglesia procedentes de estas dos órdenes.

Los franciscanos, se dirigieron principalmente a las clases más pobres, a las que dieron el ejemplo de trabajo duro y pobreza total. Juntos ofrecieron una salida a los anhelos espirituales que habían encontrado una respuesta inicial en los círculos heréticos, y orientaron así a la población cristiana dentro de la ortodoxia.

La labor de los dominicos se dirigió sobre todo a la parte socialmente más elevada de la sociedad clerical y secular, mediante la difusión de la doctrina teológica y el ascetismo riguroso.

Domingo quería que sus frailes transmitieran al pueblo lo que ellos mismos habían contemplado en la oración; tenían que saber combinar la fe, la inteligencia y la unión con Dios. En sus estudios, los clérigos podían escuchar sermones para la propia formación intelectual y religiosa y realizar ejercicios prácticos de predicación. No sólo se

6 G. Duby, *L'Europa nel Medioevo*, Garzanti, Milano 1987, 110.

convirtieron en grandes predicadores, sino también en grandes vulgarizadores, para difundir la educación popular en las parroquias.

Francisco de Asís, formando con sus seguidores una comunidad de iguales (entre los frailes menores ya no había división entre nobles y pobres, entre letrados e iletrados, entre clérigos y laicos), todos unidos por el amor a la pobreza y teniendo el mundo como su claustro, lanzó un mensaje de conversión y de paz, de alegría y de perdón, de fraternidad universal, como signo de un nuevo mundo alejado del poder del dinero y de la violencia porque está enteramente consagrada a la adoración de Dios y al servicio de los pobres. Los seguidores de Francisco marcaron profundamente la religiosidad popular al predicar en las plazas, en las calles y en los hogares, donde la gente vivía. Alimentaron al pueblo con la devoción mariana, guiándolas a participar en sus “alegrías” y sus dolores por ser hijos dignos de la Madre de toda misericordia. Presentaron la vida cristiana como un camino escatológico y como un progreso espiritual, basado en “recordar” a Dios y a Cristo, manteniéndolos firmemente presentes ante los ojos del corazón⁷.

5. Los catequistas laicos en la época del catecismo Influencia del Concilio de Trento

Sea cual sea su enfoque, la catequesis y el catecismo, que es un instrumento, se confía sobre todo al párroco a partir del Concilio de Trento. De hecho, según el pensamiento del dispositivo tridentino, es el responsable por excelencia del ministerio de la catequesis y él mismo es el catequista en su propia parroquia. Naturalmente, encuentra sus primeros colaboradores en los demás sacerdotes de la zona y en las familias religiosas de vida activa, algunas de las cuales profesan como objetivo explícito la formación catequética del pueblo cristiano⁸.

⁷ Cf. L. La Rosa, *Storia della catechesi*, 248-251.

⁸ Sobre el tema de la participación de los laicos en el ministerio de la Palabra, hay una obra maestra que es la tesis doctoral del Hermano Michel Sauvage (La Salle) y que fue publicada con el título: M. Sauvage, *Catéchèse et laïcat. Participation des laïcs au ministère de la parole et mission du Frère-enseignant dans l'Église*, Paris, Ligel 1962 (traducción española: M. Sauvage, *Catequesis y laicado*, IPSPX, Madrid 1963. Sobre lo que trata este punto, cf. G. Biancardi-U.Gianetto, *Storia della catechesi. 4. Il movimento catechistico*, LAS, Roma 2016, 46-48.

Sin embargo, es interesante observar que, en la edad moderna, incluso antes de Trento, pero también después, se testimonia una importante presencia de catequistas laicos. Esto es posible sobre todo gracias a una serie de iniciativas “desde abajo” que datan de finales del siglo XV. En ese momento, de hecho, en el contexto de una renovada atención civil y eclesial al mundo de los jóvenes, se crearon varias Escuelas, Compañías o Cofradías para impartir enseñanza religiosa y un curso básico de alfabetización, especialmente de los jóvenes de las clases trabajadoras. Estas organizaciones nacieron del celo apostólico de laicos individuales o de grupos de laicos dirigidos por un sacerdote, que asumieron la tarea de enseñar la doctrina.

La experiencia más conocida a este respecto es sin duda la del sacerdote Castellino da Castello (c. 1476-1566) que, con la colaboración de un círculo de laicos que eran sus discípulos espirituales, en 1536 dio el inicio en Milán de una Compañía de catequistas dedicada al servicio de la catequesis y luego a un embrión de alfabetización. La iniciativa iba a tener un éxito centenario, difundándose rápidamente gracias también al apoyo decisivo de San Carlos Borromeo (1538-1584), los jesuitas y los papas. Dio lugar en muchos ámbitos eclesiales a esas Cofradías de la Doctrina Cristiana, cuyo establecimiento en cada parroquia fue exigido por la autoridad vaticana en todas las parroquias todavía a mediados del siglo XX.

También en la Compañía de Castellino da Castello el objetivo principal era la enseñanza del catecismo, a la que se subordinaba una primera introducción a la lectura y, en menor medida, la escritura. Toda la actividad de la institución de este tipo aprovechaba la contribución decisiva de los catequistas laicos y laicas. Las recurrentes y comprensibles sospechas de las jerarquías eclesiásticas, temerosos de posibles afirmaciones de herejía en la “base” eclesial, son incapaces de extinguir este impulso catequético laico. Tanto es así que, tras un periodo inicial de adaptación, a medida que el trabajo se va extendiendo, se va estructurando de tal manera que la presencia de los laicos es preponderante. Estos son, de hecho, los verdaderos y propios catequistas que a menudo tenían el título de obreros y obreras, los que les asisten son también laicos: consejeros, cancilleres o secretarios, porteros y los que facilitaban el silencio, es decir,

asistentes que vigilan la disciplina de los catequizandos. El organigrama también prevé la figura de los pacificadores, encargados de resolver posibles desacuerdos, así como la de los enfermeros, cuya función es llevar a cabo las obras de misericordia corporales entre las familias de los catequizandos. Laico también es el pescador, llamado a la ingrata tarea de recorrer las calles de la parroquia para recordar a todos, niños y padres, su deber de participar en el catecismo. Por lo general, los miembros del clero sólo participaban en su ministerio sacerdotal específico. Y esta connotación laica original siguió caracterizando la iniciativa incluso después de las intervenciones de Borromeo, que reorganizó radicalmente la Compañía o Escuela y la vinculó estrechamente a la parroquia, necesariamente la clericalizó un poco.

6. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas. El ministerio del catequista

Una de estas órdenes más relacionadas con la catequesis son los Hermanos de las Escuelas Cristianas, fundada por el sacerdote francés, San Juan Bautista de la Salle. Él dedicó su vida a la educación de los pobres y es conocido como un reformador de la educación cristiana a principios del siglo XVIII. El 15 de mayo de 1950, el Papa Pío XII lo declaró patrón universal de los educadores cristianos. Su objetivo era la enseñanza de los niños pobres y abandonados. La Salle aplicó el Concilio de Trento en la Iglesia francesa. Inició a los maestros laicos en el “ministerio” de ser educadores cristianos. Tenían que pasar por un periodo de discernimiento para demostrar que tenían una vocación por la educación de la fe católica. El mismo De La Salle dedicó plenamente su vida espiritual y realizó todo su compromiso pastoral a la educación en las escuelas, que se alineó con cuatro decisiones características:

- Lo que perseguía era la salvación del niño, solamente a través de una educación religiosa firmemente arraigada en el dogma, a través de una vida eclesial sacramental, a través de un comportamiento moral concreto, y a través de una educación laica que preparara a los alumnos para su vida profesional, que le permitiera conseguir un empleo.

- Con un nuevo tipo de profesor-catequista que era el eje central de su modelo de escuela. Las personas se convierten en maestros porque siguen una llamada divina. Pensaba en sus escuelas como la obra de Dios. La integridad y la devoción garantizarían la calidad de la educación ofrecida.
- Apostó por laicos que se comprometieran con la educación cristiana de los niños. Dentro de la Iglesia, ocupaban una posición distinta. No eran ni miembros del clero ni monjes ni laicos ordinarios. Fue una auténtica revolución.
- Desarrolló una pedagogía escolar particular que extraía su fuerza y calidad de la integración de una vida personal de fe y de la tarea pedagógica.

Sin lugar a dudas, San Juan Bautista de La Salle debería ser el patrono de los ministerios laicales en la Iglesia. Todo lo que dijo él hace tres siglos coincide con lo que hoy se entiende con el papel del catequista que debe ser una vocación, una llamada divina, y, por lo tanto, necesita el discernimiento y la bendición de la Iglesia. También debe tener una gran preparación y una gran formación para ejercer con competencia su labor⁹.

7. El movimiento kerigmático y los catequistas

A finales del siglo XIX ya comienza a poner se en duda las bondades de los catecismos dedicados a la formación de los cristianos surgidos sobre todo a partir del Concilio de Trento. Teólogos, pedagogos, catequetas y pastoralistas comienzan a hacer nuevos aportes a la catequesis como el “método de Munich”, la escuela activa, etc., pero es la corriente kerigmática de la catequesis la que reúne de manera armoniosa, equilibrada y coherente todo lo adquirido por el movimiento pedagógico, de renovación litúrgica, bíblica y teológica llevada a cabo desde finales del siglo XIX.

9 Sobre el tema del ministerio del educador cristiano, La Salle tiene un escrito pionero titulado: *Meditaciones para el tiempo de retiro*. Se pueden encontrar en: Hermanos de la Escuela Cristianas, *Obras completas de San Juan Bautista de La Salle. Tomo I*, San Pío X, Madrid 2001, 579-612. Un comentario a estas meditaciones en: M. A., Campos, *Itinerario evangélico de san Juan Bta. De La Salle. Tomo II: El uso de la Escritura en las Meditaciones para el tiempo del Retiro de SJBS*, Bruño, Madrid 1988.

Llega a su plena madurez, al menos en el plano de la expresión teórica y en el plano del consenso del movimiento catequístico, al final de los años 50. Contiene en germen los principios fundamentales sobre los cuales se va a construir el conjunto de la renovación catequética contemporánea¹⁰.

La catequesis debía centrarse en la persona de Cristo como Buena Noticia. El catequista debe entonces dar testimonio de Cristo vivo entre los cristianos. Este movimiento kerigmático, sobre la fe cristiana como “buena noticia”, inició una interpretación más abierta y más contemporánea de la educación religiosa. Sin embargo, los cambios radicales en la sociedad de la segunda mitad del siglo XX pondrían en tela de juicio la tradición de la enseñanza kerigmática en la Iglesia. Coincidió con el inicio de los cambios sociales, a menudo identificados como una abierta y rápida liberalización y secularización de la sociedad. Este nuevo reto exige a los catequistas que busquen nuevos métodos de catequesis. Se reafirma cada vez más la importancia del catequista y su formación.

8. Ministeria quaedam y un documento episcopal de 1973

San Pablo VI en su Carta Apostólica en forma de *Motu Proprio Ministeria quaedam* (MQ) por la que se reforma en la iglesia latina la disciplina relativa a la primera tonsura, a las ordenes menores y al subdiaconado, de 15 de agosto de 1972, comienza:

“La Iglesia instituyó ya en tiempos antiquísimos algunos ministerios para dar debidamente a Dios el culto sagrado y para el servicio del Pueblo de Dios, según sus necesidades; con ellos se encomendaba a los fieles, para que las ejercieran, funciones litúrgico-religiosas y de caridad, en conformidad con las diversas circunstancias. Estos ministerios se conferirían muchas veces con un rito especial mediante el cual el fiel, una vez

10 Los dos artículos más brillantes sobre la renovación llevada a cabo por los movimientos catequéticos de la segunda mitad de siglo XX, incluido el movimiento kerigmático, son: V. Ayel, “Desplazamientos de una catequesis 1950-1980”, en *Sinite* 21 (1980) 131-153 y L. Erdozain, “La catequesis hoy: de Nimega a Eichstätt a Medellín. Pulsación de seis Semanas Internacionales de Catequesis”, en *Sinite* 11 (1970) 267-296.

obtenida la bendición de Dios, quedaba constituido dentro de una clase o grado para desempeñar una determinada función eclesiástica” (MQ 1)¹¹.

Más adelante expresa:

“Además de los ministerios comunes a toda la Iglesia Latina, nada impide que las Conferencias Episcopales pidan a la Sede Apostólica la institución de otros que por razones particulares crean necesarios o muy útiles en la propia región. Entre estos están, por ejemplo, el oficio de Ostiario, de Exorcista y de Catequista, y otros que se confíen a quienes se ocupan de las obras de caridad, cuando esta función no esté encomendada a los diáconos” (MQ 7).

Siguiendo las recomendaciones de Pablo VI, la Conferencia Episcopal francesa, durante su asamblea de 1973, adoptó un texto de reflexión titulado *¿Todos responsables en la Iglesia?*¹² Los puntos de interrogación no nos deben desorientar: los autores invitan a dar una respuesta positiva.

Dios no quiere salvar a los hombres aisladamente, fuera de todo lazo mutuo. Él construye su Iglesia con todos los que aceptan la propuesta evangélica. Al vivir de la plenitud del Espíritu, los bautizados reciben del mismo los dones que les permiten ser en este mundo la levadura de su evangelización. Este mismo Espíritu les otorga, además, el ser en la Iglesia los animadores de su vida según los diversos aspectos que reviste: culto y oración, catequesis, formación apostólica, ayuda espiritual, servicios caritativos, etc.

Siguiendo la invitación del Vaticano II -escribe la conferencia episcopal- tenemos que pasar de una Iglesia que descansa masivamente sobre el clero a una Iglesia que se apoye sobre la responsabilidad común de los cristianos, según la diversidad de sus ministerios. Los ministerios aparecen como funciones de servicio adjudicadas a ciertos cristianos. Además de los ministerios ordenados, podemos hablar en la Iglesia de ministerios instituidos, siempre que la tarea realizada:

11 Pablo VI, *Ministeria quaedam por la que se reforma en la iglesia latina la disciplina relativa a la primera tonsura, a las ordenes menores y al subdiaconado* (15 de agosto de 1972)

12 Assemblée plénière de l'épiscopat français, *Tous responsables dans l'Eglise?*, Centurion, Paris 1973.

- responda a una exigencia de necesidad o de utilidad para el bien común de la comunidad;
- revista y requiera la estabilidad de una misión duradera y definida;
- esté reconocida por la comunidad mediante cierta institucionalización: por ejemplo, el compromiso público, la designación o el nombramiento.

En tal caso hablaríamos de ministerio plenamente instituido. Los autores piensan que la Iglesia debe ir más allá de lo que dice “*Ministeria quaedam*”, donde se trata de los ministerios litúrgicos que podrían ser confiados a laicos (y que antaño estaban reservados a los candidatos al sacerdocio).

Pero a partir de ese momento los textos de la Santa Sede procuran siempre evitar el hablar de ministerios laicales, reservando el término al ministerio sacerdotal o a algunos casos de delegación muy explícita y excepcional (por ejemplo, en el caso de una persecución violenta). En este sentido es interesante lo que dice San Juan Pablo II en el conocido documento *Catechesi Tradendae* (CT) de 1971:

“Esta contribución de los seglares, por la cual hemos de estar reconocidos al Señor, constituye al mismo tiempo un reto a nuestra responsabilidad de Pastores. En efecto, esos catequistas seglares deben recibir una formación esmerada para lo que es, si no un ministerio formalmente instituido, si al menos una función de altísimo relieve en la Iglesia” (CT 71).

En 1982, la Congregación romana para la educación católica publicó un texto titulado *El laico católico, testigo de la fe en la escuela*¹³. Los autores se abstuvieron con cuidado de emplear el término ministerio que, sin embargo, figuraba en los borradores previos que luego se hicieron públicos”.

9. El Directorio para la catequesis (2020) y el ministerio de los catequistas

Al comienzo del capítulo 3º del *Directorio para la catequesis* (DC 110), habla de la importancia del ministerio del catequista ya que “ocupa

13 Sagrada Congregación para la Educación Católica, *El laico católico, testigo de la fe en la escuela*, Typis Polyglottis Vaticanis, Roma 1982.

un lugar significativo e indispensable para el crecimiento de la fe. [...] Introduce en la fe y junto con el ministerio litúrgico, engendra a los hijos de Dios en el seno de la Iglesia”. Como decía D. Amadeo Rodríguez Magro, obispo emérito de Jaén y antiguo presidente de la Comisión de Evangelización, catequesis y catecumenado de la Conferencia Episcopal Española, en una de sus cartas a los catequistas: “Queridos catequistas, os lo repito: sin vosotros no hay catequesis. El Señor os necesita como sus mediadores en el servicio de la fe”¹⁴.

El Directorio indica que detrás de cada catequista hay una llamada, una elección, una vocación y añade: “Gracias a esta llamada, el catequista se le hace partícipe de la misión de Jesús, que conduce a sus discípulos a entrar en relación filial con el Padre” (DC 112). Ser catequista es una gracia y un don, ya que la opción no está vinculada a mérito alguno, sino únicamente al misterio de la llamada del Espíritu. Cuando se pierde de vista que ser catequista es una llamada de Dios, comienzan los desánimos y las ganas de abandonar. Los catequistas son responsables de dar una respuesta a Dios.

El DC 113 se inicia diciendo que el catequista es servidor de la acción del Espíritu. En la introducción ya se reafirmaba la confianza en el Espíritu que actúa y está presente en la Iglesia (DC 4a) y en el capítulo primero se dice que “actúa en aquellos a los que es enviada y a través de los cuales, en cierto modo, también debe ser reconocido; ya que Dios obra en el corazón del hombre” (DC 23). Esto lleva a dos consecuencias importantes: los catequistas deben ser dóciles al Espíritu sabiendo que la gracia actúa en el ejercicio de su ministerio y que no sólo opera en la Iglesia, sino que se derrama en el mundo y en el corazón de los hombres. Por lo tanto, una buena catequesis tendrá que ser dialogal ya que no sólo el Espíritu está el catequista sino en los catequizandos¹⁵.

14 A. Rodríguez Magro, “Sin vosotros no hay catequesis” en *Religión digital* (24.09.2013)

15 Cf. J.C. Carvajal, “Acogida del nuevo Directorio para la Catequesis. Elemento para una lectura crítica” en, Scala-AECA, *Encuentro Iberoamericano de catequetas*, Finis Terrae, Santiago de Chile 2020, 118-121; J.C. Carvajal, “Fundamentos teológico-pastorales para una renovación de la catequesis. Claves del Directorio para la catequesis”, *Resonancias catequéticas* 3 (2001) 30.

10. Francisco y *Antiquum Ministerium*

Hasta aquí algunos momentos históricos de la catequesis y los catequistas en la Iglesia. Dejemos la última palabra al papa cuando dice:

“No se puede negar, por tanto, que «ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia. Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe» (EG 102).

De ello se deduce que recibir un ministerio laical como el de Catequista da mayor énfasis al compromiso misionero propio de cada bautizado, que en todo caso debe llevarse a cabo de forma plenamente secular sin caer en ninguna expresión de clericalización (AM 7).